

ISIDORO BLAISTEN

LEER ES
FUTURO





LA FELICIDAD

ISIDORO BLAISTEN

* ILUSTRADO POR: **DIEGO REY**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Blaisten, Isidoro

La felicidad / Isidoro Blaisten ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Diego Rey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.

92 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 22)

ISBN 978-987-3772-82-5

1. Cuentos Realistas. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Rey, Diego, illus.
III. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

ISIDORO BLAISTEN



CONCORDIA, ENTRE RÍOS, 1933-2004. Fue escritor, periodista, redactor publicitario, librero y miembro de la Academia Argentina de Letras y de la Real Academia Española. Su obra se caracteriza por el uso del habla coloquial, el sentido del humor y la utilización del absurdo. Publicó numerosos libros de cuentos entre los que se destacan *La felicidad*, *La salvación*, *Dublín al Sur* y *Cerrado por melancolía*. Escribió también un libro de poesías llamado *Sucedió en la lluvia* y una novela *Voces en la noche*. En el 2004 se publicaron sus *Cuentos Completos* en la editorial Emecé.

DIEGO REY



BUENOS AIRES, 1972. Es historietista, ilustrador y editor. Publicó en la colección *Para principiantes* y en las revistas culturales *Lea*, *Gargantúa* y *Oliverio*, entre otras. Desde el 2009 forma parte de la cooperativa editorial Hotel de las ideas. Allí publicó las antologías *Creer o reventar, una antología en viñetas sobre la suerte* y *De Once a Moreno, historietas sobre rieles*. Pueden verse sus trabajos en: > www.mematangarufa.blogspot.com.ar

LA FELICIDAD

Todo comenzó cuando al petiso y a mí nos echaron de nuestras casas.

Ya habíamos agotado todas las posibilidades de conseguir un trabajo remunerativo y estable. Ya habíamos hecho ocho sociedades distintas y todas habían fracasado. La última había sido un taller de fotocopias en una calle perdida donde no pasaba ni un alma. Cuando resolvimos ponernos de empleados, ya el

germen del cansancio había madurado casi simultáneamente en nuestras esposas.

De manera que, habiéndonos perdido la confianza, tuvimos que irnos. El Petiso fue a parar a casa de la abuelita, y yo a la de una hermana.

Establecimos no vernos más. Quedarnos cada uno en su refugio y no intentar ninguna sociedad. Pero sucedió una cosa rara. Nos encontramos.

A los dos nos habían echado del empleo. El Petiso perdió su puesto de gasista y yo el de fotógrafo. No porque fuéramos incompetentes, sino por exceso de celo. El Petiso iba a

una casa a colocar una estufa, y al rato ya era amigo de la señora, y le arreglaba la luz, le hacía un plano para la decoración, le cambiaba los muebles y le desarmaba el lavarropas. Y claro, se le iba la tarde.

Yo, que siempre me caractericé por inventar cosas, empecé bien. Pero a los dos días, lo convencí al patrón que sacando carnets no iba a ningún lado. La fortuna estaba en poner un solárium de invierno. Lo convencí de que comprando un gran terreno y recubriéndolo de una campana de vidrio, la gente podría tomar sol en pleno invierno. Pensé que el Petiso podría

calefaccionarlo, ubicando estratégicamente enormes estufas en el recinto. Solamente la venta de la coca cola y los panchitos nos amortizaría los gastos, sin contar las ganancias en concepto de entradas. La idea prendió. Tanto que el patrón comenzó a desinteresarse de la fotografía y hasta echaba a los clientes. Se volvió taciturno y se pasaba el día junto a la mesa de retoque, meditando. La esposa —cuándo no— comenzó a sospechar al ver que cada vez entraba menos plata, y una noche, antes de cerrar, se vino al estudio. Yo me fui. No sé de qué hablaron. Al día siguiente estaba despedido.

Bueno. El asunto es que pasan tres días y me lo encuentro al Petiso por Cabildo. Los dos en la misma situación. Gran alegrón, abrazos, alusiones al destino y a la magia. Le cuento lo del solárium de invierno y nos lamentamos de la falta de visión de alguna gente.

No queremos decirlo, pero los dos caminamos y pensamos lo mismo: una nueva sociedad. Al final yo no aguanto más y le enumero las nuevas ideas: un coche con puertas corredizas, un sistema nuevo de aire acondicionado que funciona con el sol: cuando hace calor enfría y cuando hace frío calienta,

y muchas cosas más, pero desgraciadamente hace falta plata.

Seguimos caminando por Cabildo. Cada uno en silencio, cada uno con su visión interior distinta. Yo, con la visión de un castillo en Irlanda con una adolescente rubia, bella y tuberculosa, tocando el arpa para mí. El Petiso, que tiene alma de actor, bailaba en el teatro más importante de París, con un traje a rayas y un rancho. Estaba la reina de Inglaterra y las mujeres le tiraban flores.

Al llegar a Juramento, yo vi algo en el suelo. Era una caja roja chata y rectangular. “Mirá

eso”, le dije al Petiso, que en seguida corrió, la levantó y se la puso debajo del saco. Por las dudas, cruzamos inmediatamente y dimos la vuelta manzana. Cuando retomamos Cabildo, analizamos gozosos el par de medias que habíamos encontrado. Eran unas medias negras, de esas que se estiran. Ninguno de los dos quiso quedarse con ellas. Resolvimos guardarlas como amuleto.

De pronto a mí se me ocurrió la idea: podríamos dedicarnos a buscar cosas. Nos miramos. Y él estaba decidido.

—Dejáme mirar al suelo a mí —le dije—,

vos caminá al lado mío mirando adelante para disimular.

En la primera cuadra no encontramos nada. En la segunda tampoco, entonces el Petiso sugirió:

—Una cuadra cada uno. Una cuadra yo miro para abajo y vos para arriba: en la que viene vos mirás al suelo y yo cuido para no atropellar a la gente y que no nos pisen los coches. Ese día no encontramos gran cosa. Apenas una moneda de cincuenta, una bombita de luz, quemada, dos ruleros y una escopeta de juguete aplastada por los coches y sucia de

alquitrán. Pero la cosa pintaba.

Quedamos en encontrarnos al día siguiente a las nueve y media de la mañana, en Cabildo y Echeverría.

Y ese día nos fue mejor. Eran apenas las doce del mediodía y ya teníamos una birrome con poco uso, un aro, cuatro monedas de diez, una caja de alfileres marca “El Jeque” completamente intacta, una traba de corbata y una malla de reloj con el papel de celofán y todo.

En un café, pusimos todo sobre la mesa e hicimos el recuento.

Además, sobre una servilleta de papel, anotamos las experiencias:

1º: El cordón de la vereda es mucho más fructífero que el centro de la misma.

2º: Las esquinas y las paradas de colectivos son más proclives a las pérdidas que el centro de la cuadra.

3º: La hora cercana al mediodía es cuando la gente pierde más cosas.

Aún conservamos en un cofre de plata, junto con el par de medias, aquella amarillenta servilleta de papel. Aquella servilleta que fue el punto de partida de toda la

organización, de todo lo que vino después, de todo lo que somos, de nuestra felicidad o de nuestra desgracia.

Esa tarde descansamos. El asunto pintaba y no era cuestión de tomar las cosas a lo soldado. Ya teníamos experiencia en las ocho sociedades: no quemar todos los cartuchos de entrada.

Al otro día, otra vez a las nueve, partimos del café. Esta vez habíamos establecido un horario completo: de 9 a 12 y de 15 a 19. Cada uno de nosotros había traído un bolso y ya al mediodía comenzamos a intuir que algo

extraño se estaba dando en nuestras vidas.

Durante el almuerzo, no quisimos alegrarnos mucho ni hablar mucho para no convocar a los malos espíritus, pero por dentro estábamos incendiados. Entre otras cosas sin valor, el Petiso había encontrado una Parker 51 con capuchón de oro, y yo un anillo de oro, de pibe, con las iniciales R. J. El oro comenzaba a rondar nuestro destino.

A la tarde resolvimos introducir una variante: nos separaríamos.

Caminar varias cuadras con la cabeza gacha, mirando al suelo, no es fácil yendo solo, sin

acompañante que mire hacia arriba. Primero, por los árboles: en el ardor de la búsqueda, uno puede romperse la cabeza. Después, por los chicos, sobre todo las nenas; uno las puede atropellar y, al querer evitarlas o al tomarlas de los hombros, es muy probable que alguna vieja grite: “¡Degenerado!” o “¡Vení para acá nena!” o que se junte la gente y se arme un escándalo.

Pero en ese momento resolvimos separarnos. Porque también la confianza o la inexperiencia nos había hecho sobrevalorar el instinto que permite evitar el obstáculo cuando

se camina mirando para abajo.

Y nos fue bien. Yo tomé por Cabildo y el Petiso por Ciudad de la Paz. Cuando llegábamos a las esquinas, el que había llegado primero esperaba al otro, y nos saludábamos con la mano, a una cuadra de distancia. Esto a primera vista puede parecer infantil. Pero no es así. El elemento psicológico es fundamental en esta profesión.

La búsqueda separados duplicaba nuestras posibilidades, al finalizar nuestra jornada, el balance de la tarde, desechando las figuritas, los peines, los billetes de lotería dudosos,

una edición con tapas marrones de *Naná* en húngaro (que no supimos dónde ubicar), consistía en: un cortaplumas con mango de nácar, un par de anteojos sin estuche, un llavero con tres llaves, dos dijes de oro, un monedero con setecientos veinticinco pesos, un pañuelo y una moneda agujereada, un manual del alumno de cuarto grado, casi nuevo, y un pebetero de cobre envuelto para regalo.

No cabía duda. Nuestro entusiasmo era hermoso. Al día siguiente los dos, sin planear nada, llegamos vestidos con nuestros trajes de pedir empleo.

Ya había que pensar en un depósito. Decidimos que lo mejor era la casa de la abuelita del Petiso, que se había entusiasmado mucho con la nueva sociedad y nos facilitó un arcón. Pasados los primeros días de euforia, se nos presentó con claridad un problema madre: qué hacer con las cosas. De nuestra magra platita de los sueldos, ya no quedaba casi nada; de manera que al principio optamos por lo más fácil: el banco de préstamos, la calle Libertad, los ropavejeros, los anticuarios.

Por consejo de la abuelita del Petiso, destinamos parte del dinero para comprar dólares,

y los pusimos a interés, y los intereses los cobrábamos en dólares, y los volvíamos a poner a interés en otra compañía para no casarnos con nadie. Y así fue como pudimos comprar-nos el negocio. Pero eso vino después, cuando reajustamos la organización, dividimos la ciudad en siete zonas, y tomamos empleados. Al negocio le pusimos de nombre «La Felicidad», pero, como digo, eso vino después, cuando hicimos publicidad, cuando evadíamos réditos. Más adelante ya no nos hizo falta. Pero cómo no recordar con orgullo y emoción nuestra radionovela de las once, el concurso de los

diarios, los famosos bailables “Sea usted también feliz”.

Un día, la abuelita del Petiso, fue a comprar tisana purgo-laxante a la farmacia, y al pasar por el quiosco de al lado vio una moneda de cinco pesos en el mármol del umbral, debajo del exhibidor. No la levantó (la pobre no puede agacharse) pero llegó a su casa con los ojos resplandecientes. Casi no podía hablar. Nosotros en ese momento estábamos dividiendo en zonas el plano de la ciudad, y cuando nos contó lo que había visto, el Petiso y yo nos miramos en silencio. Se abrió un nuevo filón.

Lógicamente, lo pensamos mucho. La experiencia nos había enseñado que nunca se debe abandonar una tarea para superponer otra.

Una investigación de mercado por los umbrales de los quioscos nos confirmó que la inversión valía la pena. Pero levantar algo de abajo del exhibidor de un quiosco, no es lo mismo que levantarlo de la vereda. El trabajo es más riesgoso. Había que inclinarse en ángulo y corríamos el albur que el quiosquero nos viera al agacharnos. De manera que cubrimos la vacante con mi sobrino. El chico tenía once años, era muy despierto y estaba

en vacaciones. Mi hermana no cabía en sí de alegría. Raulito comenzó ganando veinticinco mil pesos, seis horas de trabajo, pago de café con leche y participación del dos por ciento en las utilidades. Su trabajo consistía en atarse los cordones de los zapatos frente a los quioscos, comprar piedritas de encendedor y preguntar precios.

Raulito fue el iniciador de la subempresa de los quioscos.

De manera que dividimos la ciudad en siete zonas y vislumbramos nuevas perspectivas en el trabajo. En Santa Fe y Mansilla abrimos

el negocio con dos empleadas. “La Felicidad” comenzó como un mercado de las pulgas o una tienda de anticuario. Pero introdujimos una variante que nos llevó al éxito: la confección de fichas. Para ello contratamos a una asistente social que le preguntaba a los clientes que miraban:

—¿Qué la haría feliz, señora?

La señora respondía:

—Una lámpara antigua con tubo de opalina azul.

O un señor decía que una cámara fotográfica. Entonces la asistente social anotaba

todos los datos en la ficha, y cuando se encontraba lo que el cliente necesitaba para ser feliz, se le avisaba.

Con respecto a cámaras fotográficas, filmadoras y trípodes fue muy fructífera la subempresa “Trenes Urbanos”, a cuyo frente operaba un amigo de Raulito, que demostró gran capacidad en bastones, paraguas, pilotos, libros y paquetes varios.

Bueno, la cuestión es que, cuando la gente veía que «La Felicidad» se ocupaba de ella, que le avisaba y le ofrecía a un precio módico eso que colmaba sus deseos, se ponía

muy contenta.

Pero fue acá donde sufrimos nuestra primera decepción anímica. Nadie se conformaba. Todos venían a pedir más cosas y la asistente social volvía a anotar nuevos pedidos en la misma ficha muchas veces. Ganamos cualquier cantidad de plata, pero el Petiso me decía, y tenía razón:

—Mirá cómo es la gente. Vos te hubieras conformado con el solárium de invierno y yo con la empresa de gas. Pero estos no. Tienen de todo y cada vez piden más cosas.

“La Felicidad” tenía esas cosas.

Pero fueron tantas las posibilidades, que hicimos publicidad en gran escala. Hicimos la radionovela de las once, el concurso de los diarios, y los famosos bailables “Sea usted también feliz”. Evadíamos réditos, y nos cansamos de ganar plata.

Todos nos compramos casas. Y a nuestro gusto. Yo remocé una vieja casona en Belgrano, con parque, pileta de natación, patio andaluz y gabinete de ideas (una amplia habitación forrada de corcho y con todo el confort moderno, que usaba para pensar). El Petiso, una casa de tres pisos en Villa Luro, el último

piso dedicado íntegramente a taller. La abuela, una casita en Villa Urquiza, con una parcelita de tierra al fondo, para plantar yuyos, y un pequeño laboratorio para fabricar tisanas, y mi hermana un cómodo departamento en Córdoba al cinco mil quinientos. Todos tenemos coches.

Y esto fue lo que pasó. El Petiso y yo cambiamos de mujeres todos los meses, y las llenamos de hijos naturales que continúan nuestra empresa.

¿Pero fuimos acaso más felices? No lo sé. Nuestras esposas vinieron a buscarnos con

todos nuestros hijos, y lo que sí sé es que ellas no fueron felices. Las dos se habían vuelto a casar. La mía con un farmacéutico; la del Petiso, con el gerente del Banco Nación, sucursal Villa Adelina, y las dos volvieron al cabo de los años. Pero nosotros las desdeñamos. En aquel momento no me expliqué por qué venían a nosotros. Tenían todo lo que les faltaba cuando eran nuestras mujeres, sin embargo, volvían a buscarnos, y con prepotencia todavía: esgrimían los hijos.

Otra mujer me aclaró el panorama, pero ya era demasiado tarde: pese a que no les

faltaba nada, nos extrañaban. No podían vivir sin nosotros.

Mi mujer extrañaba que yo no la despertase a las cuatro de la mañana para contarle una idea que nos haría ricos; la mujer del Petiso extrañaba el lavarropas a pedal que le había construido. Extrañaban nuestras sociedades, el misterio de los nuevos empleos, el hecho de que al enchufar la plancha no se prendiesen todas las luces de la casa. Quizás extrañasen nuestra alegría.

Pero nosotros las desdeñamos. Ya tenemos muchos hijos naturales y pensamos seguir te-

niendo muchos más. Les ofrecimos dinero, pero no aceptaron.

De cualquier forma, el negocio de “La Felicidad” marcha solo, sobre rieles. Y ahora caminamos por la calle, sin necesidad de mirar al suelo.



VIOLÍN DE FANGO

Samuelito Socolivsky, seudónimo artístico: Nacho Mendoza, el poeta sensible del decir ciudadano, va a subir al prosenio del viejo Armenonvil.

Al paso lerdo del viejo tobianio Tobías traspone los andariveles del primer patio, avanza por el sendero de pedregullo, cruza junto a los enrejados de glicinas y atraviesa el redondel innumerable de la noche.

Samuelito Socolivsky, Nacho Mendoza, la alondra mayor de Buenos Aires, la torcaza melancólica del sentimiento, la tórtola ensimismada del terraplén del recuerdo, mira. Mira la arcada cubierta de guirnaldas, mira el jazmín del país que cuelga de la pérgola, mira el parpadeo esmaltado de los cisnes de terracota, mira las varas ensangrentadas de la estrella federal y mira más allá, hacia la mesa del silencio, donde madame Ivonne, sola, lo está mirando.

Pero antes que nada mira las lágrimas de Iria que de pie junto a la santa rita lo espera llorando. Nacho Mendoza, mis estimados

oyentes, se va a bajar del viejo tobiano Tobías que murió el 8 de septiembre de 1958, no bien don Mauricio Socolivsky, el benemérito padre del bardo, abandonó el uso del tílburí para comprarse el Mercury Monterrey. Tras una breve pausa comercial, Nacho Mendoza se va a bajar del viejo tobiano Tobías y va a tomar a Iria del bracete. Ahora las lágrimas de Iria se enredan en sus zapatitos de raso pa'bailar la milonga. Junto al prosenio en sombras doña Flora, la madre del bardo, y don Turi Saccalandra, el padre de Iria Saccalandra (el llanto que regresa), lloran de emoción. Más allá, en

la mesa del silencio, madame Ivonne está sola. Tiene una lágrima en la garganta. De pronto las marquesinas se encienden, iluminan a la barra del Dante que lleva un enorme cartel: “Los muchachos de San Juan y Boedo, presente”. El reflejo de las marquesinas enceguece a la abuela Elisa que llora de emoción. Con su mirada de lince Samuelito la ve y levanta una ceja. El Cholo Ardissonne tiende sobre los hombros de la abuela un manto de espuma de express traído especialmente desde el Café, Bar y Billares Dante.

—Gracias, pechón —dice la abuela Elisa.

Entonces los gorriones dejan la ciudad desierta, y vuelan, vuelan, vuelan hacia el viejo Armenonvil. Algunos gorriones traen en el pico la sal del recuerdo; otros gorriones, no. Los más, yuyo verde del perdón; los menos, alfalfa que llena de nuevo el corazón, y dejan caer las briznas sobre el viejo tobiano Tobías que come, come y come parado en el umbral. Pero dejemos que sean el pensar y el recuerdo inolvidable de Nacho Mendoza, el palomo que escribe, los encargados de decirnos quién es Samuelito Socolivsky. Con ustedes el recuerdo inolvidable a quien ya recibimos con

un caluroso aplauso. Recuerdo Inolvidable, el micrófono es suyo.

—El gusto ha sido mío. Samuelito Socolivsky es el menor de los cuatro hijos de don Mauricio Socolivsky. Y en esta evocación del recuerdo es dable señalar la figura señera, la figura consular de pionero de las afamadas sábanas Placer, don Mauricio Socolivsky, para quien pido ya un caluroso aplauso... Gracias. El decano de la venta domiciliaria, el hombre, el patriota que desde 1927 vende puerta por puerta las afamadas sábanas Placer, empezó a pie (cuando aún no tenía la hernia), golpeando

sus manos de varón frente a aquellas puertas pintadas de verde, que sabían estar por el puente Victorino de la Plaza. Más tarde, hizo sonar con sus acordes melodiosos los llamadores de bronce suburbanos, bajándose del sulky arrastrado por el viejo tobiano Tobías, y en la plenitud de su edad prolecta, cuando el noble bruto sintiera troncharse su vida el 8 de septiembre de 1958 (aciago día en que se cumplían 30 años de la muerte del inolvidable Agustín Magaldi), don Mauricio Socolivsky, el hombre de bien, adquiere su Mercury Monterrey, después su Fairlaine 500, y luego aun el Falcon 62, coche

este que aún usufructúa esta figura señera para llevar el pan diario al seno del hogar, recorriendo los “cien barrios porteños”, según el decir de Samuelito Socolivsky, la gaviota evanescente de las palabras, el petrel del suburbio, seudónimo artístico: Nacho Mendoza.

Recuerdo Inolvidable: ¿Qué nos puede decir de la madre de Nacho Mendoza, la madre-cita del bardo?

—¿Qué le puedo decir? La madre del albatros del decir porteño, doña Flora Gudevnik de Socolivsky, desde que el bardo era un purrete arrabalero le decía Shimele; le puedo

decir que la abuela Elisa lo llamaba Shimele; pero para nosotros, la barra de San Juan y Boedo, la muchachada del Café, Bar y Billares Dante, como su nombre lo indica, fue y seguirá siendo “el colorado Sami”.

Muy linda evocación, Recuerdo Inolvidable. ¿Y su novia? Usted que ha compartido tantos gratos momentos con el lobo austral de la canción ciudadana, ¿qué nos puede decir de su novia, Iria, la del llanto retornador?

—Efectivamente, Iria Saccalandra, el llanto que sonrío, recuerdo que lo llamaba simplemente Sami o en su defecto “el dulce Sami”,

según el lugar, la fecha o la ocasión. Diré también que el padre de Iria Saccalandra, el siempre recordado don Turi Saccalandra, lo llamaba Samuele y así sucesivamente.

Muchas gracias, Recuerdo Inolvidable.

—El gusto ha sido mío.

Y usted, Pensar, siempre tan calladito, ¿qué nos puede decir del ábside alucinado del verbo?

—Pienso en el ruiseñor herido golpeando contra el vidrio de una ventana, pienso en el armiño cercado por el fuego, pienso en las mujeres dejadas solas en los reservados de

los bares, pienso en los hombres solos que regresan a su casa en las últimas horas de la desdicha, pienso en los trenes que parten en la noche con un silbato de espanto. Pienso, luego existo.

—¿Me permite una interpolación?

Diga no más, Recuerdo Inolvidable.

—Quisiera interpolar que el benteveo del sur, el poeta sentimental de los zaguanes nostálgicos, es autor hasta ahora de los siguiente temas: *Gitano amor*, *Madrecita*, *La que no fue* y *Para vos, mamá*. Y en lo que a mí atañe se encuentra trabajando compulsivamente en su

última composición poética: *Violín de fango*, tercera estrofa.

Muy bonita interpolación, Recuerdo Inolvidable. Vamos a un corte publicitario y ya volvemos. Gracias. Llevando del bracete a Iria, que llora de emoción, Nacho Mendoza se aproxima al prosenio en sombras del viejo Arme-nonvil. Con los diplomas bajo el brazo, los tres hermanos Socolivsky lloran de emoción. De pronto, desde una de las mesas, la que está al lado de la mesa del silencio, una de las patotas bravas comienza a tirar manteca al techo. Ponen la manteca en la punta de los cuchillos, los

muy guasos, y ñácate, arquean la punta de los cuchillos Arbolito y la manteca sale con tal fuerza, con tal fuerza, mis estimados oyentes, que queda pegada a las molduras de hoja de acanto, a los frisos de hojas de abeto, a las guardas de hojas de arándano y a las pupilas sin iris de los angelotes de yeso. Entonces, desde la otra mesa, otra patota brava grita lo siguiente:

—¡Nacho Mendoza solo nomás!

Lentamente, desde una mesa en sombras, alguien se levanta. Es flaco y cauteloso. Viste de negro. Camina. Un chifle de viento se filtra a través de la santa rita. Cimbra a luz de los

velones. Como cachorros de pantera, brilla el charol de los zapatos. Sus pasos repercuten en el silencio total. En un murmullo apenas, su nombre es pronunciado de mesa a mesa. Cerca del proscenio su figura alta y cetrina queda fija bajo la luz incandescente.

Pero volvamos por un momento a estudios centrales. Recuerdo Inolvidable, los oyentes saben de su modestia y fina voluntad, no obstante quisiéramos que sea usted mismo con su voz y su decir el encargado de trazarnos una breve glosa, una sentida semblanza de la madre del bardo.

—El gusto ha sido mío. Afuera es de noche y llueve tanto que el bardo, en un brochazo de emoción anímica, decide acompañar a Iria hasta el zaguán de su domicilio, luego decide apersonarse por el Café, Bar y Billares Dante y, cuando es noche cerrada ya, toma la decisión de llegarse hasta el seno de su hogar. Allí lo está esperando su santa madrecita, doña Flora Gudevnik de Socolivsky. El bardo besa la plata de sus sienes y se sienta a la mesa suburbana. Es allí donde Flora Gudevnik de Socolivsky le sirve a Nacho Mendoza sendos platos de bor-sht, sendos platos de vareniques con quesillo,

un quesito Chubut con vareñe de ciruelas, una tablita de asado de tira con pepinos salados y así sucesivamente. De pronto la madre del bardo habla del siguiente modo: “¿Estudiar? ¿Para qué? Total. El padre puede reventar. Bien reventado. Con la hernia. Arrastrarse. Solo. ¿Él, ayudar al padre que tiene que arrastrarse solo con la hernia y reventar bien reventado con las sábanas? Él no. Él no puede. Él es artista. ¿Artista de qué? ¿Facultad? No. ¿Trabajar? ¿Para qué trabajar? ¿El violín? Ja, ja, el violín”. En el silencio de la noche el bardo medita con voz doliente, mientras doña Flora busca el

chimichurri para el asado de tira, la botella con el corcho cortado en cuatro, a la usanza pampa.

Así es.

—Nacho Mendoza mira el almanaque colgado en la pared. Lee palabras que son producto de su inspiración: “Créditos Socolivsky, Blanco, mantelería, sábanas y ropa de cama. Atendido por don Mauricio, el amigo de los cien barrios porteños”. La madre del bardo ya ha encontrado la botella correspondiente al chimichurri y mientras extiende el contenido de la misma sobre el asado de tira, habla del

siguiente modo: “Bueno. Sé artista de una vez. ¿Y? Ahí está el violín muerto de risa”. Y es aquí donde quiero recordar que el entrecejo del pelirrojo transido se arruga de ternura viril.

Muchas gracias, Recuerdo Inolvidable, aquí está el pensar de Nacho Mendoza con su voz y su mutismo.

—Pienso en las cosas que no sucederán, pienso en la noche que cae y nadie la levanta, pienso en el terror unánime de las panteras al amanecer, buscando los cachorros perdidos entre el charol de los zapatos, entre las serpentinas pisoteadas, entre los pies de los

bailarines, entre los pasos perdidos del viejo Armenonvil.

Por favor, Pensar, piense en Nacho Mendoza.

—Pienso. Nacho Mendoza perdiéndose en la nieve a la hora en que las tecas se caen de los pianos. Tiene que ver lo que es Boedo cuando Moscú está cubierto de nieve.

Tengo entendido que los lobos aúllan de hambre.

—No solo eso. Quién sabe si el sol querrá iluminar nuestra marcha de horror. Nacho Mendoza siente que la nieve ha llegado a su alma, cuando de pronto, al mirar hacia el lado

de la Cruz del Sur, ve a Magaldi. En una troika tirada por perros siberianos, Magaldi, cantando, cruza a su lado haciendo restallar el látigo en la noche abismal de las estemas. Entonces el gavián de las alas rotas, el leopardo quieto, la memoria que olvida...

Muy bonito pensamiento, Pensar, pero el tiempo es tirano.

—Volveremos. Lo importante es la rosa.

Volvemos nuevamente al viejo Armenonvil. Una figura alta y cetrina ha quedado fija bajo la luz incandescente. De mesa a mesa, de pareja a pareja, de bailarín a bailarín, su

nombre es pronunciado como un susurro: Pascual Contursi.

Pascual Contursi, piensa Samuelito Socolivsky. Pascual Contursi, sigue pensando. Pascual Contursi, su amigo fiel. Nacho Mendoza tiene una lágrima en la garganta. Pascual Contursi lo abraza y le dice: “Muchacho”.

Iria llora de emoción. Cerca de la santa rita, en la mesa del silencio, sola, madame Ivonne, por no llorar, mira. Los ojos zarcos de madame Ivonne miran hacia la lejanía intransferible del pasado. Madame Ivonne tiene una lágrima en la garganta. La rubia Mireya también

tiene una lágrima en la garganta. En realidad, y para qué nos vamos a engañar, todos tienen una lágrima en la garganta.

De pronto la manteca del techo comienza a derretirse y cae sobre los bailarines. Una patota brava se levanta del norte; otra patota brava se levanta del sur. Las dos patotas se acercan. Refulge el acero, refulge el bronce, refulgen los velones en el viejo Armenonvil, refulgen las cenefas y también los picos de gas refulgen, refulge todo, qué mierda, mis estimados oyentes. Y ahora, inestimable platea del éter, Pascual Contursi con una mano ya en el caño

del micrófono y la otra mano en el hombro de Nacho Mendoza, el poeta del tango, nos va a llevar del alma como ciego al excusado.

Pero de pronto un cajetilla saca un bufoso y en este preciso instante va a apuntar al corazón tumultuoso de la rubia Mireya. El cajetilla está apuntando, el cajetilla va a disparar. Pero ya volvemos a contar con la grata presencia de Recuerdo Inolvidable.

—El gusto ha sido mío. Esa noche, mientras doña Flora Gudevnik de Socolivsky le habla, Samuelito siente que desde que era un purrete arrabalero la sinarquía se ha ensañado

con él. Efectivamente. El dolor se adueña del alma del jaguar de la escritura al escuchar a su madre: “¿Ni pedicuro quiere ser? Bueno. Que sea artista de una vez. ¿Y? Ahí está el violín muerto de risa”. El bardo vuelve a leer en el almanaque que cuelga esas palabras que le pertenecen, esas palabras tan simples como una tardecita de suburbio: “Atendido por don Mauricio, el amigo de los cien barrios porteños”. El cimarrón ausente del dolor vuelve al alma del poeta como una calandria callada. Nacho Mendoza rememora: “¿De quién fue la idea del galponcito? ¿De quién? Si no hubiera

sido por mí las sábanas estarían todas llenas de mufa. El viejo se las iba a vender a Magoya. La idea de envolverlas en nailon, ¿Quién se la dio? ¿Quién le puso el nombre al viejo tobiano? No por nada Tobías se murió el mismo día que el viejo se compró el Mercury. Ya van a ver. Algún día Magaldi cantará mis versos”.

Muy bonita rememoración, Recuerdo Inolvidable.

—El gusto ha sido mío.

Una breve pausa comercial. Ya está. Ahora estamos en el viejo Armenonvil. Ahora el cajetilla está por apretar el gatillo. Ahora el

corazón tumultuoso de la rubia Mireya va a estallar como una pieza de tela rasgada por diez cuchillos. Pero de pronto Iria Saccalandra, el del llanto retornador, comienza a llorar. Sus lágrimas desbordan la copa de champán hasta el final, y al final sale una lágrima por acá, otra lagrimita cuando uno menos se lo piensa, y cuando el cajetilla se quiere acordar, ya está: se está ahogando sumergido en círculos concéntricos. Tapado totalmente por las lágrimas, lo único que queda fuera de la cajetilla es el bufoso. De entre los círculos concéntricos lo único que se alcanza a ver es

el puño, y por qué no decirlo, mis estimados oyentes, el puño almidonado de la camisa, que una tarde de bruma le almidonó Esthercita, en los memorables aledaños de la memoria, y el almidón de su puño le sonaba en el oído, y el almidón se derrite cuando suben las lágrimas y solo queda flotando como un innoble cuajaron del olvido. Tomá pa' vos, cajetilla, mis estimados oyentes. De pronto Pascual Contursi va a hablar. Pero ya contamos con el mutismo callado del pensar de Nacho Mendoza.

—Pienso en un callejón desconsolado donde mueren de frío las ventanas.

Por favor, Pensar.

—Pienso en un país donde todo es encuentro, donde los tilos huelen a regreso.

Por favor, Pensar: Nacho Mendoza.

—Nacho Mendoza corre. De vez en cuando da vuelta la cabeza y ve cómo en Boedo se van haciendo más lejanas las últimas luces de Moscú. Rauda y enhiesto, de pie sobre el trineo, vuelve a cruzar Magaldi por la soledad helada. El látigo cae sobre la jauría. Nacho Mendoza corre, corre entre la nieve. Pero el trineo se aleja y Magaldi no lo ve. Nacho Mendoza cae. Desde la Cruz del Sur alguien lo está mirando.

*Nacho Mendoza, alondra gris:
Tu dolor me conmueve,
tu pena es de nieve.*

Madame Ivonne

Muy bonita remembranza. Un corte y en instantes nos vemos. Gracias. Va a hablar Pascual Contursi en el viejo Armenonvil. Pascual Contursi está hablando:

—Muchacho.

Y como no podía faltar en esta auténtica

fiesta de la sensibilidad, ya queda con ustedes Nacho Mendoza. Habla Nacho Mendoza.

—Queridos radioescuchas: la antipatria nos cambió la madre por el padre. ¿Y qué somos sin la madre en el tango? ¿Cómo es posible que tengamos que cantar: “Pobre mi padre querido, cuántos disgustos le daba”? ¿Cómo es posible que tengamos que decir: “Padre, no hay cariño más sublime ni más hondo para mí”? ¿Cómo es posible?, me pregunto iracundo. Entre la fragancia de las madreselvas que se abren en la noche del suburbio, el hijo disoluto corre tras de su amada, mientras su

padrecito bueno lava que te lava junto al pile-
tón, limpia el poto de su hermanito, atiende
al cartero, clasifica las hojas de laurel para el
risoto, la madre regresa borracha, después de
una noche de parranda y copetines, mientras
el pobre padre plancha que te plancha con la
espalda doblada, y regresa silbando para col-
mo, y el pobre padre le pide, “No silbes, Lisan-
dra, ¿no ves que silbando te rompes el alma?”.
Pero la madre calavera, nada, y pide más pla-
ta, y el padre no tiene y con voz aguardento-
sa habla del siguiente modo: “¡Chupá la tren-
za, cafiolo divertido!”. Y el pobre padrecito

chupa que te chupa la amarga trenza con sabor a mate amargo.

—¡No puede ser! —grita el Cholo Ardissonne.

—¡Madre! —grita el sentimental Lara.

—¡Lo engrupieron bien debute! —grita el malevo Ponderación.

—Inolvidable público —dice Samuelito Solivsky emocionado—, estoy emocionado. Y más aún creo que he sabido llegar como pocos al corazón popular de esta audiencia con mi cariño, mi musa tanguera y la lucidez que tengo para ciertas áreas del pensamiento.

Entonces, el oriental desconocido que está

con la rubia Mireya, dando un paso de pavana, esquivando el puntazo del guapo Rivera. Intenta dos pasos más, de gavota, dirigidos hacia la Meca, pero no alcanza a divisar la puñalada trapera de chino Reynoso, cuando de pronto llega el telegrama. Pascual Contursi lo abre, lo lee. Sus manos tiemblan, el telegrama tiembla. El silencio de todos los presentes llega a un grado de tensión inaudito. El silencio es: sordo, glacial, de muerte, frío, total, dramático, tenso, respetuoso, emotivo, letal, significativo, cargado de presagios, pesado, elocuente, embarazoso, cósmico y sepulcral. Los

presentes sienten que:

a) un temblor súbito les recorre la médula espinal.

b) sus sienes laten con un estrépito infernal.

c) el estrépito horrísono repercute en su caja (o cavidad) craneana como mil martillos de fuego.

d) un sudor frío, helado, perlado, recubre sus frentes.

e) una repentina detención de sus pulsos paraliza toda su sangre.

Unos buenos consejos y ya estamos con ustedes. Recuerdo Inolvidable, aquí está el micrófono.

—El gusto ha sido mío. Efectivamente. Es noche cerrada, afuera es noche y llueve tanto, el bardo sufre, se despide de su santa madre, cuando de pronto, en la habitación lindante, la voz de la abuela Elisa habla del siguiente modo: “Pechón, pechoncítele, Samoil, Samoilete”. Entonces el bardo toma la decisión, entra a la estancia lindera, besa a la abuela Elisa, besa la plata de sus sienes y se encierra a trabajar en lo que será su última

composición poética, tercera estrofa, intitulada: *Violín de fango*.

Pensar, Recuerdo Inolvidable, agradecemos su presencia, los despedimos con un caluroso aplauso y espero volver a verlos nuevamente.

—Volveremos.

Con el aliento contenido, los ojos inyectados en sangre pugnando por salirse de las órbitas, como si miles de filosos cuchillos invisibles atravesasen cada poro hasta las fibras más íntimas de su sensibilidad, la voz de Pascual Contursi, repercute en el silencio del viejo Armenonvil.

—Admirable público, querida teleplatea del éter: simplemente voy a romper este distinguido silencio leyendo este telegrama que a continuación tengo en la mano. Pero dejemos que sea el telegrama por sí mismo, con su voz y su decir, el encargado de decirnos de quién se trata: “Lamentando ausencia. Stop. Estrecho corazón Nacho Mendoza. Paso cambio. Presente en gran abrazo. Fuera. Firmado: Carlos Gardel. Punto”.

Don Mauricio llora envuelto en las sábanas Placer. En la humedad socavada en el tiempo comienza a brotar aquel verdín. Doña Flora

llora de emoción, los tres hermanos Socolivsky lloran de emoción y las lágrimas caen al piso del viejo Armenonvil. Una ráfaga helada se filtra a través de la santa rita y congela las lágrimas de todos los presentes y las convierte en nieve. En la estepa del viejo Armenonvil la rauda voz de Magaldi se petrifica en el frío de la noche “No cantes, hermano, no cantes”, canta Magaldi, “que Moscú está cubierto de nieve, y la nieve ha llegado a mi alma”. Al pasar junto a Samuelito lo saluda con el látigo desde la troika y se aleja arrasando a latigazos las últimas estrellas que titilan en la oscuridad.

—Pechón, pechoncítele —le dice la abuela Elisa al Cholo Ardissonne desde su manto de espuma de express—, decime una cosa, pechón.

—Sí, abuela —responde el Cholo Ardissonne.

—Decime una cosa, pechón: el telegrama, ¿es de Carlites?

—Sí abuela —responde el Cholo Ardissonne con lágrimas en los ojos.

—¿Del Morocho?

—Sí, abuela.

—¿Del zorzal creoye?

—Sí, abuela. Desde Montmartre.

—¿Sabés una cosa, pechón?

—¿Qué, abuela?

—Tengue una lágrime en la gargante.

Una pausa comercial y seguimos contando con la presencia de Nacho Mendoza, el saludado por Gardel, el saludado por Magaldi, el rui señor sentimental de la sensibilidad ciudadana. Señor director, disponga de las cámaras.

El señor director dispuso de las cámaras. Al Cachafaz le requisó una Voigtländer Vito B, con telémetro, buenísima. Al guapo Rivera le extrajo de la sisa del chaleco una Zeiss Ikon con lente Tessar 1: 1: 8 que no te voy a decir que saca un gato negro en un bosque oscuro,

una noche sin luna, pero que por ahí andamos, y a la rubia Mireya le sacó de la petaca una Miranda 2M con óptica intercambiable que fue de las primeras que fabricaron los japoneses cuando tuvieron que competir nada menos que con los alemanes. Claro que los japoneses. Porque la mano de obra ¿qué les sale? Chaucha y palito, mis estimados oyentes, con un plato de arroz tiran todo el día, y con un megáfono se encaramó arriba del macetero, el de las hojas de salón, el que está al lado de la mesa del silencio, y gritó:

—Cámaras dispuestas requisadas. Nave

capitana tomada. Un submarino hundido. Dos al agua.

De pronto la rubia Mireya ve la puñalada trapera. Sabe que no hay tiempo y va a interponer su cuerpo entre el chino Reynoso, la puñalada, y el oriental desconocido.

La puñalada va a llegar, la puñalada está llegando. Ya está a menos de dos pies, cinco pulgadas, un milésimo de acre, una millonésima de versta. El meridiano de Greenwich se detiene en un punto en la eternidad. Y la daga va a llegar al corazón tumultuoso de la rubia Mireya y el corazón de Mireya queda

estático en una madrugada de niebla y renunciamiento, de guantes largos hasta el codo, de su mano diciendo adiós desde la ventanilla de una berlina que se va para siempre por el empedrado húmedo.

Entonces Iria comienza a llorar, mis queridos oyentes. Lloro y las lágrimas desbordan la copa de champán hasta el final y se van por las baldosas del viejo Armenonvil, se expanden en dos largos ríos de tristeza de catorce metros con cuarenta y cinco desde el nacimiento hasta su desembocadura, se juntan en la confluencia, suben por las polainas del chino

Reynoso, trepan por su pantalón de fantasía, reptan por el chaleco como un mono de agua, y llegan a la puñalada trapera, y la daga se oxida, y se hace flor marchita, y los pétalos caen como una mariposa quemada.

Y el chino Reynoso, con el barbijo cárdeno, sube al carro de Prudencio Navarro, el cuarteador de Barracas, el llevador de los humillados en pelea, duelo o desdoro. Prudencio Navarro hace viborear el látigo sobre el viejo tobiano Tobías y el carro aparte hacia el oprobio.

Salen a mirar al humillado, el difunto Fiesta

Cívica, la rubia Mireya, el oriental desconocido, el Cholo Ardissonne, el sentimental Lara, madame Ivonne y muchos valores más.

El chino Reynoso se baja el chambergo. Para que no le vean los ojos. El cuarteador de Barracas arranca hacia los pórticos de hiedra, atraviesa los patios cercados por el olor de la dama de noche, los tapiales enharinados por la luz lívida que ya no va a volver, pasa por el brocal del pozo donde falsifican el champán con vino blanco y bicarbonato de soda, llega a una calle por donde crece el pasto entre los adoquines, rodea el tambo donde fabrican la

manteca para los patoteros y bordea las ace-
rías y los altos hornos Zapla de donde salen
enredados en la flor del mburucuyá los cuchi-
llos Arbolito para los taitas, y las verjas oxi-
dadas y las rejas de los portones donde crece
el yuyo verde del ayer, y crece aquel verdín
y salen también los faroles solitarios para los
compadritos que esperan, y se interna en los
largos salitrales donde se purifica la sal del
recuerdo, más allá de donde se arremolina la
arena que la vida le llevó, y en fin, mis esti-
mados oyentes, ahora de Samuel Socoliv-
sky, Nacho Mendoza, y en la inolvidable voz

de Agustín Magaldi, escucharemos su última composición poética que lleva por título: *Violín de fango*.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
[Argentina](#)